

Mis libros

Gonzalo Celorio

UNO

Un mueble de madera oscura, casi tan grande como un ropero. En sus puertas talladas, sendos yelmos heráldicos, enfrentados y de perfil, custodiaban el tesoro. Las puertas eran macizas pero en su parte superior unas ventanitas protegidas por pequeñas columnas torneadas dejaban ver una cortina de seda color púrpura, que parecía el telón de un teatrino de títeres. Así era el librero de la casa de mi infancia, el repositorio de los libros de una familia medieval que se regía, en pleno siglo xx, por el principio de que hay que tener los hijos que Dios nos mande —para mi fortuna, porque yo soy el undécimo de los hermanos y si mis padres no hubieran asumido tan sacrificada divisa no estaría aquí para contarlo.

Una enorme *Biblia* con cubiertas florentinas que lucían, entrelazadas, las áureas iniciales de los apellidos de mi familia y cuyos separadores de seda terminaban en pequeñas medallas religiosas. Algunos misales tan viejos que apenas podían sostenerse en pie. Las *Confesiones* de San Agustín. *La Comedia* de Dante. Una edición de *El Quijote* ilustrada por Doré. Las *Vidas ejemplares* de Romain Rolland. La novela *Jeromín* del padre Coloma, que narra la historia de don Juan de Austria, el hijo bastardo de Carlos I. Las *Rimas* de Gustavo Adolfo Bécquer. Varios libros hagiográficos en los que la imagen, como en las portadas románicas o en la pedagogía del barroco, podía más que la palabra: un San Martín a caballo que con la espada partía en dos su capa para entregar la mitad a un menesteroso que parecía tener menos frío que hambre, un San Tarcicio niño lapidado por sus compañeros cuando transportaba el santo viático para llevarlo a un en-

fermo moribundo, un San Sebastián lánguido que con ojos entornados miraba suplicante a un cielo sordo mientras arqueros invisibles traspasaban sus miembros con precisas saetas. Las *Memorias* del Instituto México donde todos los varones de mi familia estudiamos con los Hermanos Maristas por lo menos la primaria y la secundaria desde tiempos inmemoriales. Y varios libros más, casi todos de tema religioso o por lo menos edificante. A tales títulos y a la solemnidad del mueble que los atesoraba como si fuera un relicario, debo la consideración, todavía enraizada en alguna hondonada de mi alma a pesar de mi trato cotidiano y hasta confianzado con ellos, de que los libros tienen un valor sagrado.

Al lado de ese librero imponente, había otros dos más pequeños. No obstante su tamaño, albergaban dos obras monumentales, que constituían digamos que la sección laica de la pequeña biblioteca de la casa paterna: el *Diccionario enciclopédico hispanoamericano*, en veinticinco tomos, incluidos los dos postreros, dedicados a “estos últimos años”, los de la Segunda Guerra Mundial, que para la fecha de la edición aún no había terminado, y *El tesoro de la juventud*, con sus veinte volúmenes color vino, cuyos lomos tenían repujadas en oro una lámpara de aceite y una antorcha aureolada por una guirnalda de laureles. Mis padres habían comprado estas colecciones en San Luis Potosí a W. M. Jackson, Inc. Editores. *El tesoro* en 1939, por 280 pesos, pagaderos en dieciocho meses, y el *Diccionario* en 1942, por 420, distribuidos en veinte mensualidades.

Recuerdo todavía las portadillas que precedían los volúmenes del *Diccionario* y que ostentaban unos maravillosos grabados en metal con imágenes de objetos, personajes, animales cuyos nom-

Las ilustraciones que acompañan el texto corresponden a las páginas capitulares del *Diccionario enciclopédico hispanoamericano* allí mencionado. Están tomadas de la edición de Montaner y Simón, Barcelona, y W. M. Jackson Inc., Nueva York, s/f, 25 tomos.



bres empezaban con la letra del tomo correspondiente. El de la letra *T* presentaba un torero, un turco, un teatro, un tigre, un tambor, un tapir, una trompeta, unas torres y un trineo. Las páginas de ese diccionario tan rico en algunos temas como la mitología griega, la arquitectura clásica o la navegación, fueron saqueadas por las generaciones escolares de mi casa como primera y durante mucho tiempo única fuente de consulta para la redacción de los trabajos académicos de literatura, religión, historia, geografía. En una sola obra, toda una biblioteca. Quizá por ello, Borges, aun cuando sus referencias enciclopédicas preponderantes procedan de la lengua inglesa, cite con admiración y reconocimiento el *Diccionario hispanoamericano* en varios lugares de su obra.

Los volúmenes de *El tesoro de la juventud*, que yo conservo como única herencia familiar, todavía guardan un rancio olor a jabón por aquello de ¡muchacho, lávate las manos antes de agarrar el libro! *El tesoro* estaba compuesto por varios libros, que no se correspondían con los volúmenes y que, seccionados por capítulos o episodios, se distribuían a lo largo de las 7172 páginas que en inusitada numeración corrida a lo largo de los veinte tomos integraban la magna obra: *El libro de los hechos heroicos*, *El libro de las narraciones interesantes*, *Los países y sus costumbres*, *Hombres y mujeres célebres* (nótese la vanguardia en asuntos de género), *El libro de la poesía*. Recuerdo la exultante biografía de Víctor Hugo, ese loco que se creía Víctor Hugo; la historia de la conquista de Granada, que más bien se refería a la reconquista cristiana de los últimos territorios de la Península Ibérica dominados por el Islam; las descrip-

ciones ondulantes del lejano Oriente o las gélidas del Polo Norte; y la poesía: *Los motivos del lobo* de Rubén Darío, que todavía guardo entre la lengua y el paladar, y el inconmensurable poema de Núñez de Arce, *El vértigo*, que sólo Gabriel García Márquez, según confiesa en su reciente libro autobiográfico, y mi hermano Miguel, el mayor, se aprendieron de memoria, décima a décima, como quien paga miles de pesos con monedas de diez centavos. Ahí supe de Amadeo Mozart, Elena Kéller y Guillermo Shakespeare, según la costumbre entonces en boga de castellanizar los nombres de pila de los personajes extranjeros. Menos mal que entre los escritores célebres no aparecía Kafka, quien no hubiera soportado sobre su cabeza la versión castiza de su nombre: *Francisco Kafka*, imagínense. *El tesoro de la juventud* fue mi primer libro; un libro familiar que acabó por ser entrañablemente mío porque en sus páginas color sepia imprimí, sin que ninguno de mis hermanos lo advirtiera, mis primeras señas de identidad que hoy, casi medio siglo después, aún reconozco.

Ésa era la biblioteca familiar, pero cada uno de mis hermanos había ido adquiriendo sus propios libros con sus propios medios para encontrar su propia soledad en medio de la compañía impositiva y la uniformidad ideológica a las que nos sometían las condiciones de una familia numerosa y extremadamente conservadora. Miguel, el mayor, arquitecto y profesor de historia del arte, poseía en su dormitorio una considerable biblioteca que se correspondía con su profesión, y que estaba perfectamente bien clasificada. A sus lomos recorrí la cronología de la cultura occidental,



desde la Antigüedad grecolatina hasta la edad contemporánea, pasando por el Medioevo, el Renacimiento y la Modernidad, pero sólo a sus lomos, porque esos libros, con sus páginas de papel cuché ilustradas a cuatro tintas, colocados en sus estantes con rigor inquisitorial, estaban vedados a mis manos. Aunque tanto me gustaran, no eran éstos, sin embargo, los libros que mi curiosidad infantil más apetecía, sino los de mi hermano Benito, algunos de los cuales leí a hurtadillas, poseído por el doble placer de la lectura y de la clandestinidad: los de la Colección Ilustrada de Obras Inmortales publicados por la Editorial Cumbre, como *Oliverio Twist* de Carlos Dickens o *Los viajes de Gulliver* de un Swift que sí conservó, por fortuna, su *Jonathan* original, y los pequeños volúmenes de Salgari, de mi hermano Ricardo, cuyas tapas tenían dibujadas unas bisagras de hierro que le daban al libro un aire de arcón digno de *La isla del tesoro* de Stevenson. De *Los naufragos de Liguria* a *Yolanda, la princesa de Yucatán*, y de *Sandokhan, el Tigre de la Malasia*, a *La Cimitarra del Buda*, leí la obra de Salgari, como después *20,000 leguas de viaje submarino* o *La vuelta al mundo en ochenta días* de Julio Verne, con tal entusiasmo mimético que a partir de entonces empecé a confundir la vida con la literatura y me brotaron los primeros síntomas de una enfermedad severa e incurable, la escritura.

Recuerdo algunos libros de la escuela, como *Poco a poco*, en el que aprendí a leer merced a las más prodigiosas cacofonías y aliteraciones — *mi mamá me mima* o *ese oso se aseá así* —, que junto al *Ave María* o las tablas de multiplicar forman parte de mi más añeja memoria verbal. Pero el

que más cerca se quedó de mi corazón fue precisamente *Corazón, diario de un niño*, de Edmondo d'Amicis, en el que leí la tristísima historia del niño que emprende un largo y penoso viaje de los Apeninos a los Andes para encontrarse con su madre agonizante. O la del pequeño escribiente florentino, que sufre los injustos castigos que su padre le inflige por no obtener buenas calificaciones en la escuela sin saber que durante las noches, en secreto, el muchacho se desvela escribiendo cientos de sobres para aligerarle a él, rotulador de oficio, su enorme carga de trabajo. He de confesar que en esas páginas en las que se inauguró mi educación sentimental, dejé caer las primeras lágrimas producidas por la lectura. Y quizá las únicas que haya derramado sobre un libro, porque un poema o una novela han podido elevarme por los aires o me han hecho dar de puñetazos contra la pared, pero hasta donde recuerdo sólo he llorado sobre las páginas de *Corazón*, cuando cursaba el cuarto grado de primaria.

Pasó mucho tiempo antes de que pudiera tener un libro verdaderamente mío. Como mis camisas, mis pijamas, mis pantalones o mis uniformes de gala del colegio, mis libros eran heredados. Y al ser el undécimo hijo tenía que añadir a la página preliminar del texto de matemáticas, de inglés o de biología una nueva tachadura a la lista de los nombres de mis hermanos que lo habían utilizado antes que yo. Al finalizar la primaria, mis padres consideraron que sería conveniente que trabajara durante las vacaciones. Según decían, para hacerme hombre. Trabajé, pues, como reparador de propaganda en una compañía de contabilidad, de la que era gerente mi hermano Be-

nito. Con el salario que gané, el primero de mi vida, me compré el libro de texto de secundaria de español. Por razones semejantes a las que a esa lengua en España le dicen con justicia *castellano*, en México y en todos los países latinoamericanos desde la Independencia hasta esas fechas, no le llamaban ni de una manera ni de otra en las escuelas, sino “lengua nacional”, para afirmar nuestra propia identidad haciendo caso omiso del origen conquistador de la lengua que acabó por imponerse en la que José Martí llamara “Nuestra América”. Ese libro ya existía en casa, aunque en una edición vieja, y se conservaba en bastante buenas condiciones a pesar de que había pasado por los pupitres de todos mis hermanos. Pero yo no quería tachar el nombre de Eduardo, que a su vez había tachado el de Jaime para poner el suyo, como Jaime había tachado el de Carmen y Carmen el de Ricardo y Ricardo el de Tere y Tere el de Benito y Benito el de Carlos y Carlos el de Alberto y Alberto el de Miguel y Miguel el de Virginia. No. Ése de lengua nacional fue mi primer libro, de veras mío, comprado por mí, el primero al que le puse el *ex libris* más rudimentario que se le puede poner a un libro, el de mi propio nombre, escrito por mi temblorosa pluma fuente, en una página impoluta, exenta de antecedentes penales.

Con la primera adolescencia pasé de las aventuras de niños huérfanos y corsarios de todos los colores —*El Corsario negro* y *El Corsario rojo* de Salgari, que Renato Leduc parodiaría con su *Corsario beige*— a las desventuras del corazón propio, esto es a la lectura indiscriminada de poemas. Y gracias a esa memoria juvenil tan adherente que

lo mismo retiene una rima de Bécquer que un romance de García Lorca; un madrigal de Gutierre de Cetina que unos alejandrinos de Amado Nervo; los *Sonetos de amor y discreción* de Sor Juana Inés de la Cruz que los *Veinte poemas de amor y una canción desesperada* de Pablo Neruda, me fui haciendo de un generoso patrimonio verbal. Y no es que me sentara a memorizar los textos, sino que a fuerza de leerlos una y otra vez, subrayándolos con los ojos verso a verso en esa red circense del salto mortal de la poesía que es el libro, empecé a decirlos con mi propia voz y acabé por hacerlos míos. Tan míos como los libros que los contenían y que me palpitaban en las manos tal un pájaro atrapado en pleno vuelo: *La sangre devota* de Ramón López Velarde, con su portadilla a dos tintas y sus elegantes cornisas en cada página; *Nostalgia de la muerte*, en las *Obras* de Xavier Villaurrutia, que fue el primero y el único libro que me robé en la vida; la bellísima antología *Laurel* de la Editorial Séneca, en cuyas páginas de papel *biblia* se encontraron los poetas de España con los de América: Rubén Darío y Juan Ramón Jiménez, Antonio Machado y César Vallejo, Rafael Alberti y Vicente Huidobro.

Cuando había incorporado a ese mi patrimonio verbal los parlamentos de las obras dramáticas que sin pudor ninguno representábamos en el bachillerato, desde *Hipólito* de Eurípides hasta *Carlos, Infante de España*, de Schiller, pasando por *Otelo* y *Sueño de una noche de verano* de Shakespeare; cuando la lectura de *Demian* de Hermann Hesse, *Los hermanos Karamazov* de Dostoievski o *La Cartuja de Parma* de Stendhal me habían dejado sin dormir noches enteras; cuando me



percaté de que por un cuento de Juan Rulfo sabía más de mi país que por todas las clases de historia y de geografía que había recibido en la primaria, la secundaria y la preparatoria, decidí cursar la carrera de letras en la Universidad Nacional Autónoma de México, aunque mis hermanos preconizaran sentenciosamente que habría de morirme de hambre.

Comencé mis estudios universitarios convencido de que la formación académica y la creación literaria no tenían porqué estar reñidas. Ciertamente la Universidad no formaba escritores, pero en el embrión de todo escritor siempre hay un lector ávido y apasionado, y lo que forma la Universidad son lectores, lectores profesionales, críticos, capaces de conocer orgánicamente su propia tradición literaria. Creo que jamás habría leído los autos medievales de los Reyes Magos o el Romancero General, los 36 cantos de *La Araucana* de Ercilla o *El Criticón* de Gracián, el teatro costumbrista español o la novela telúrica latinoamericana de no haber cursado formalmente la licenciatura y el posgrado en lengua y literaturas españolas en la Universidad. Y acaso tampoco me habría adentrado en el estudio de esas obras monumentales como *Amor y Occidente* de Denis de Rougemont, *La rama dorada* de Frazer o *El Deslinde* de Alfonso Reyes, que tienen tanto valor en sí mismas como el de las obras literarias que analizan.

Desde luego que leí en las bibliotecas de la Universidad y de El Colegio de México las obras de consulta requeridas por mis cursos y aquellos libros que no se encontraban en las librerías o que rebasaban mi exiguo presupuesto estudiantil.

También acudí en esos primeros años de la licenciatura, a la biblioteca particular de la casa de mi novia, cuyo padre, un insigne médico español, republicano exiliado en México, poseía la envidiable colección de Clásicos Castellanos de Espasa-Calpe. En esos volúmenes encuadernados, como es natural, a la española, con sus costillas muy marcadas y sus tejuelos rojos y azules, leí al Arcipreste de Hita, a Fernando de Rojas, a Cervantes, a Quevedo, a Lope, a Calderón. Y no sólo los leí sino que los estudié, porque las notas filológicas eran muy abundantes y con frecuencia ocupaban al pie de página mayor espacio que el texto mismo al que anotaban. Aunque reconozco su importancia académica, sobre todo en la etapa de formación, con los años he llegado a abjurar de los aparatos críticos, que suelen distraer la lectura e interrumpir la emoción literaria. Por eso celebro las impecables ediciones de los clásicos españoles de la Biblioteca Castro, publicadas por Turner, en las que no hay una sola nota. El lector tiene la sensación de que está delante de un texto vivo, publicado por primera vez, pues se enfrenta a una tipografía generosa, a una caja amplia y a un papel *biblia* cuya delgadez compite milagrosamente con su opacidad.

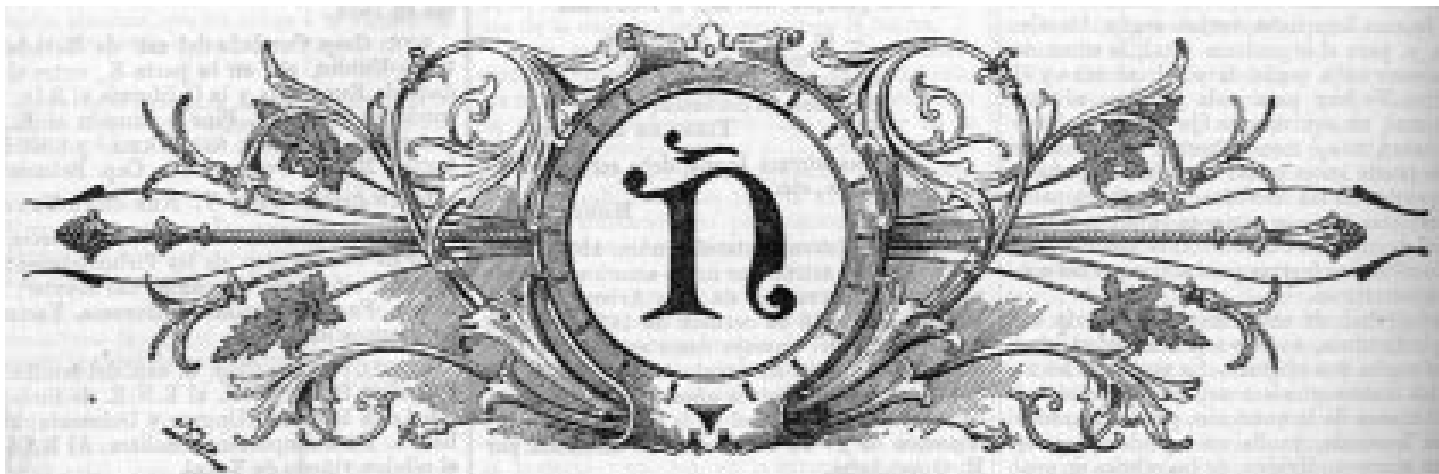
No obstante esta práctica obligada de leer en libros ajenos, desde que ingresé en la Universidad se apoderó de mí el mismo deseo que años atrás me había llevado a comprar el texto de *Lengua nacional*: el deseo de poseer los libros que leía. Por supuesto que no siempre pude satisfacerlo, pero desde entonces, sin padecer las obsesiones del bibliófilo que se afana en encontrar tal o cual edición de una determinada obra y que en ocasiones llega





a olvidarse del contenido por el gusto que le provoca el continente, he adquirido el vicio de los libros. El deseo de su posesión puede ser mayor aun que el interés específico que la obra me despierte o que la posibilidad real de su lectura. Precisamente por eso se trata de un vicio y no de una virtud. Esta compulsión ha convertido mi casa en una biblioteca, donde apenas cuento con un espacio libre para dormir y otro para comer y cocinar. Como los seres vivos, los libros nacen, crecen, se reproducen pero, a diferencia de ellos, no parecen morir nunca. Por lo menos resulta muy difícil, si no imposible, desprenderse de un libro al que ya se le dio cabida en casa —como lo relató con gracia insuperable Augusto Monterroso en un cuento cuyo desenlace contradice su propio título: “Cómo me deshice de quinientos libros”. Ciertamente es muy placentero leer una obra en un libro propio que habrá de permanecer en casa durante toda la vida, no sólo como un testimonio de lectura sino como un amigo al que se puede acudir en cualquier momento y que mientras no se le requiera guarda un silencio prudente y adopta una actitud discreta, de cara a la pared. Y es que en sus estanterías, los libros nos dan las espaldas, como si estuvieran castigados. Sólo vemos sus lomos y por ellos los reconocemos. Cuando elegimos uno entre todos y lo abrimos para leerlo es como si le levantáramos el castigo y lo penetráramos amorosamente. Pero aun cuando tengamos libros que no leeremos nunca, su sola presencia pende sobre nuestras cabezas como una posibilidad de lectura que nos remite a la eternidad, el Paraíso que Borges se figuraba “bajo la especie de una biblioteca”.

Amo los libros. Su peso, su gravitación, su compañía. Amo las encuadernaciones españolas y las holandesas, los tejuelos de los lomos venerables, las guardas florentinas que recogen el color de las mareas. Amo la nomenclatura editorial de versales y versalitas, medianiles y registros. Amo los *ex libris*, los cantos dorados de las biblias, los colofones, la honestidad ruborizada de una fe de erratas. Amo mis libros, los de camisa almidonada y los más modestos, que me han acompañado a lo largo de la vida, los que han sufrido en sus páginas la cristalización amarillenta del tiempo y los que todavía huelen a tinta —el santo olor de la tipografía—, los intonsos que aún conservan su virginidad y los subrayados por mi devoción, los que se meten sin permiso en las palabras que escribo, los que al cabo de tantas relecturas parecen desintegrarse como pastillas de jabón, los que encuentro sin necesidad de buscarlos porque he acudido a ellos tantas veces como a mis recuerdos más antiguos. Los guardo, los cuido, los clasifico, los ordeno, los subrayo, los anoto, los acaricio, los cele. No los presto pero los comparto. Vaya que los comparto. A compartir mis libros he dedicado la vida, como escritor que acaso habla más de lo que lee que de lo que vive; como maestro que durante más de treinta años no ha querido hacer otra cosa que contagiar el entusiasmo por la literatura; como editor ocasional que ha tenido el privilegio de convertir un manuscrito en un libro vivo y circulante como la sangre. Cómo no compartir los libros si son ellos los que me han echado a ganar la vida.



DOS

¿Cuáles fueron los cinco libros que cambiaron su vida? —nos preguntó Philippe Ollé-Laprune a mí y a otros nueve escritores para que cada uno de nosotros respondiera a la pregunta a lo largo de una conferencia. Yo acepté el reto pero sinceramente ignoro la respuesta. Cinco libros son muy pocos para cifrar en ellos —y sólo en ellos— las convulsiones del espíritu a lo largo de la vida. Y, por otra parte, son muchos si se presentan en un solo conjunto cerrado y por lo tanto denso, en el que difícilmente tienen cabida la ponderación y la jerarquía. Tal vez hubiera sido más fácil hablar de uno solo, incuestionable, categórico, decisivo, en cuyo caso no tendría tantas vacilaciones; o hablar de cien, para no dejar fuera de la lista a esos autores que, como los cinco preponderantes, también modificaron mi pensamiento, mi sensibilidad, mi conducta, porque, en rigor, todo gran libro acaba por modificar la vida. Eso y no otra cosa es la lectura: prestar el brazo para recibir la transfusión sanguínea. Pero qué significa en realidad *cambiar la vida* cuando hablamos de libros. La lectura ciertamente nos transforma, pero más que cambiarnos, nos define, nos perfila, nos modela. Soy lo que soy porque leí tales o cuales libros. Si físicamente somos lo que comemos, espiritualmente somos lo que leemos. Y los libros que *definen* la vida en primera instancia son los de la niñez. Por ello describí tan al pormenor los libros de mi casa paterna, que son los que definieron mi personalidad primigenia, mi ulterior vocación literaria y sobre todo mi perenne condición

de lector. Aunque a decir verdad, no importa tanto cuáles hayan sido los libros que leí entonces, como el hecho mismo de haberlos leído, de haber convivido con ellos. En la infancia contraí el hábito casi vicioso de la lectura y desde entonces supe, aunque de manera intuitiva, que la fuerza, la inteligencia, la imaginación, el gusto, la sabiduría, el amor residían en la palabra.

Para cubrir el expediente, sin embargo, trataré de elegir los cinco libros que a mi parecer han sido más determinantes en mi historia personal, los cinco libros que, según la pregunta de Philippe, *cambiaron mi vida*, aunque al cambiarla, como dije antes, la definieron, la modelaron y le dieron, paradójicamente, consistencia y estabilidad. Paradójicamente también, el signo principal de tal estabilidad es la apertura permanente del espíritu al influjo de las nuevas lecturas que habrán de seguirme transformando y definiendo mientras viva: “todo lo mudará la edad ligera, / por no hacer mudanza en su costumbre” —dice Garcilaso.

¿Cuáles son estos libros, pues? Si los que leí en la infancia definieron mi vocación fundamental, el gusto por la lectura y la palabra; los que leí en la adolescencia, que es por antonomasia la edad de los cambios y las definiciones, son los que me imprimieron carácter. Para bien o para mal. Hablaré de ellos en la inteligencia de que la elección de las cinco obras es independiente de la valoración retrospectiva que ahora pueda tener de ellas, porque si cada lectura modifica nuestro espíritu, es natural que también altere la apreciación de los libros leídos con anterioridad. Por otra parte,



un libro no se lee de manera aislada sino que su lectura trae aparejados otros títulos hermanos, concomitantes, que suponen una lectura múltiple, de manera que cada uno de los textos elegidos representa a muchos otros afines por su autoría, su género, su tema, el estilo, la época o por otros motivos más misteriosos y secretos, como son los caminos que llevan de un libro a otro en la historia personal de la lectura. Guiado por la más absoluta sinceridad, he de decir, pues, que los libros que me cambiaron la vida y que por ende me la definieron y fijaron son, en orden de aparición, los siguientes:

1) *La vida es sueño* de Pedro Calderón de la Barca. Es raro que una obra clásica de la literatura castellana de los Siglos de Oro, compuesta con la intención teológica de defender el libre albedrío contra la predestinación, perteneciente al género dramático, acaso el menos propicio para la lectura, escrita además en verso y para colmo en el estilo barroco jesuita y contrarreformista de la España de los Siglos de Oro haya podido seducir en los primeros años de la década de los sesenta del siglo xx a un joven preparatoriano como yo. Es cierto que ya tenía en mi haber la memorización espontánea de algunos poemas y un gusto rudimentario por la sonoridad del octosílabo castellano, pero la lectura de este monumento literario me atrajo como seguramente ha de haber atraído a las clases populares iletradas del siglo xvii, que acudían a los corrales de comedias o a los atrios de las iglesias para ver representadas obras teatrales como ésta y como los autos sacramentales, que con toda suerte de recursos alegóricos y de artificios escénicos trataban de poner

al alcance de la comprensión del vulgo los más complejos misterios de la teología. Me fascinó, de entrada, la feroz dicotomía que la obra plantea, entre cuyas polaridades los personajes se debaten: de un lado, la idea de la predestinación, según la cual todos y cada uno de los actos que realiza el hombre en el transcurso de su vida son conocidos desde siempre por la omnisciencia divina, y por consiguiente no es potestad suya salvarse o condenarse por toda la eternidad; y, de otro, la tesis del libre albedrío, de cuyo ejercicio depende que el hombre se condene o se salve independientemente del conocimiento que de su destino tenga la inteligencia infinita de la divinidad. Es un tema ciertamente estremecedor que después leería, con variaciones sustanciales y algunas veces carente de dimensión religiosa, en la tragedia griega, particularmente en la historia de Edipo, quien por huir de su destino se encuentra con él inexorablemente; en *El retrato del artista adolescente* de Joyce, cuyo protagonista, Stephen Dédalus, adquiere su condición de poeta, esto es de “sacerdote de la eterna imaginación”, en el preciso momento en que empieza a descreer de la existencia de un ser superior capaz de llevar la cuenta de todos y cada uno de sus actos secretos; en algunos textos de Borges como “El espejo de los enigmas” o “La escritura del dios”, en los que trata el tema de la insignificancia humana en relación con los atributos de la divinidad, y en las primeras novelas de Adolfo Bioy Casares, como *La invención de Morel*, que se figura la eternidad como la repetición infinita de un día de nuestra vida. A pesar de la intención teológica de la obra de Calderón, por la cual los personajes tienen



cierto carácter alegórico aunque no tan restrictivo como los de sus autos sacramentales, me compadecí del protagonista Segismundo, y sus monólogos, que van de la queja al desafío, de la autocompasión a la rebeldía, se quedaron grabados en mi memoria hasta la fecha con un aliento desgarrado que me sigue sacudiendo el alma. Me encantó la trama, aunque con los años llegué a percatarme de sus deficiencias estructurales, por ejemplo, que un personaje le cuente a otro en un larguísimo monólogo del último acto todo lo que nosotros, como espectadores, hemos visto representar en los primeros; me deslumbró el lenguaje y asumí como un reto el desciframiento de las figuras retóricas propias del barroco. Pero sin duda lo que más me gustó fue el título, que es cifra misma de la literatura: *La vida es sueño*. Leí esta obra clandestinamente, con el libro en las rodillas, como si se tratara de una revista pornográfica y no de un clásico de los siglos áureos de nuestras letras, durante las clases, quién lo diría, de literatura, a través de las cuales un profesor bisoño lograba que los alumnos odiaran de por vida las artes literarias. Y por su lectura definí tres líneas de mi vida intelectual subsecuente: la pasión por el teatro, que empecé a ejercer en los foros universitarios desde la preparatoria; el gusto por la poesía, que me ha acompañado de por vida, y el interés por el barroco, en el que he entretenido mis disquisiciones académicas durante más de treinta años.

2) *Demian* de Hermann Hesse. Desde la adolescencia, no he vuelto a leer esta historia de la juventud de Emilio Sinclair. Regresar a sus páginas a estas alturas de la vida pudiera resultar abo-

minable, aunque su relectura tal vez me provocara una ligera sonrisa, en la que cabría la nostalgia por esa bondad categórica y sin cortapisas de los primeros años de la juventud, con el tiempo perdida o matizada hasta el desencanto o el escepticismo. Recuerdo algún libro de tal manera paradigmático, como *El arte de amar*, de Erick Fromm, leído por los mismos años, que surtió en mí el efecto contrario al que seguramente su autor se proponía: en lugar de insuflarme el espíritu del amor, me hizo sentir un miserable porque mis capacidades estaban muy por debajo de los ideales que el libro preconizaba, incluso con cierta sencillez franciscana. No he pensado siquiera en volver a leer la novela de Hesse. Acaso porque prefiero quedarme con la imagen de tensión, de insomnio, de convulsión moral que su lectura me suscitó en los años adolescentes, tanto como *La náusea* de Sartre o *La caída* de Camus. No recuerdo la anécdota, pero sí los valores éticos derivados de planteamientos dicotómicos que entonces me estremecieron: el mundo oscuro y el mundo luminoso, la carne y el espíritu, el bien y el mal, el lobo y el hombre. Ahí conocí la versión laica del mal, muy poco tiempo antes de haber leído a Baudelaire y a Isidore Ducasse, Conde de Lautréamont, y supe que un libro tenía el poder de cambiarme moralmente, potestad hasta entonces sólo conferida a la educación familiar, al maestro, al confesor. Tras su lectura, me aterrorizó la certidumbre de que el descenso moral tenía límites, una vez traspuestos los cuales, el ascenso era imposible; quedé convencido de que no se podía vivir sin un ideal, y comprendí que para nacer era necesario romper un mundo. No sé cuántas lecturas más y cuántos

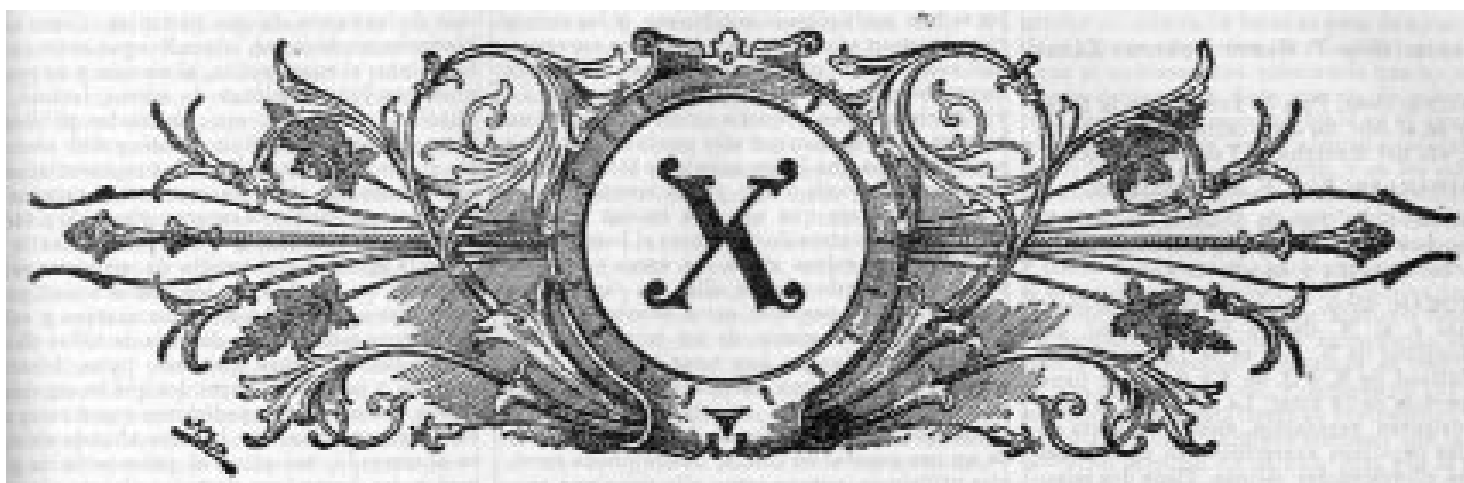
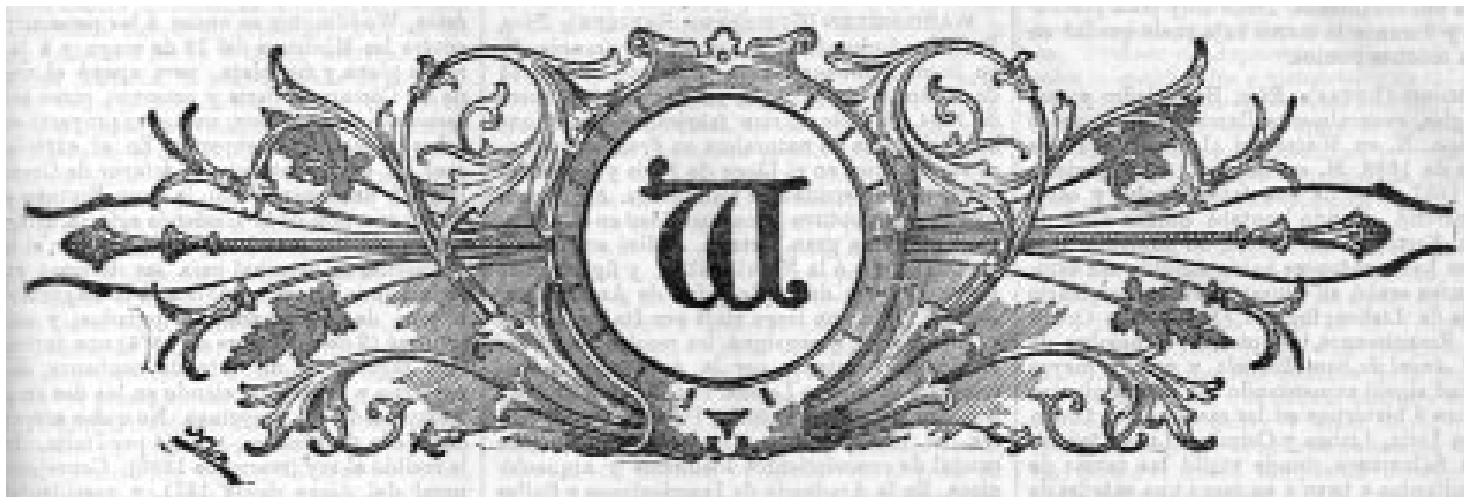


años de psicoanálisis he necesitado para suavizar la tremenda impronta que este libro me dejó. Su lectura no sólo fue trascendente en términos morales, sino también en términos de amistad, pues gracias a *Demian* emprendí el largo y maravilloso camino de las afinidades electivas. Fue la primera lectura que compartí con un amigo. Y compartir una lectura como ésta en los años tempranos de la vida es algo tan fuerte como un pacto de sangre: genera una complicidad eterna —vaya una tautología, tratándose de un libro que habla precisamente de la complicidad juvenil.

3) *La metamorfosis* de Kafka. Si de cambios hemos venido hablando, no se puede menos que incluir a Kafka en esta lista. Creo que *La metamorfosis* fue el primer libro moderno que leí, aunque antes hubiera leído otros de fecha posterior. Moderno porque la transformación que sufre Gregorio Samsa cuando amanece convertido en un monstruoso insecto no es de carácter mitológico como las metamorfosis que relata Ovidio o fantástico como las que pueblan las leyendas populares; sino que tiene una dimensión simbólica, equivalente a *Moby Dick*, que ni un perro leería como una simple novela de aventuras marineras. *La metamorfosis* de Kafka es el símbolo ominoso y desgarrador de la enajenación, el abandono, la incomunicación, la soledad, el desamor. Fue la primera vez que leí las exacerbadas peripicias de un personaje, hasta entonces circunscritas al ámbito de la literatura fantástica, como veraces y cotidianas, dramáticamente cotidianas

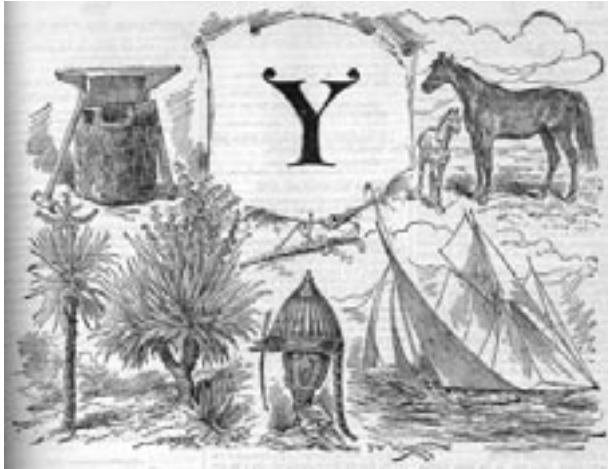
y veraces. Con razón García Márquez dijo alguna vez que después de haber leído la historia de un señor que una buena mañana se despertaba convertido en cucaracha, podía escribir lo que se le pegara la gana, y no por la libertad imaginativa que semejante texto presupone, sino por la veracidad profunda que subyace en la expresión simbólica, merced a la cual es del todo convincente que Remedios la bella, por ejemplo, ascienda al cielo en cuerpo y alma al tender una sábana en el jardín o que un hilo de sangre recorra toda la población para dar aviso de una muerte intempestiva. Creo que después de haberme zambullido en la obra de Kafka, abjuré de mis lecturas anteriores, por lo menos de *Demian* y *La vida es sueño*.

4) *Rayuela* de Julio Cortázar. Los libros que he mencionado con anterioridad modificaron y definieron mi espíritu sobre todo en términos éticos; *Rayuela* también, pero además lo hizo en términos literarios y cotidianos, es decir que su lectura alteró las concepciones que teníamos —y hablo en plural porque es, como pocos, un libro generacional— de la literatura y de la vida diaria —y de las relaciones entre la una y la otra. De pronto, en esos convulsos años precedentes a los movimientos estudiantiles de París y México, apareció una novela que subvertía los cánones del género, que involucraba al lector como participante activo en la estructuración misma de la obra, que admitía muchos órdenes de lectura y aun el abandono de numerosos capítulos que su propio autor con-



sideraba prescindibles, que sabía reír, como no lo habían hecho nuestros libros precedentes —tan proclives a la solemnidad— y que exploraba facetas inéditas en la historia de las letras latinoamericanas, como el humor y la ternura. Pero no sólo cambió con inusitada jovialidad nuestros conceptos de la literatura, sino también de la vida consuetudinaria: del amor y el erotismo, a la cultura y la crítica; del juego y la imaginación, a la denuncia y la conciencia política. Leí *Rayuela* con tal asiduidad, que sus páginas se fueron adelgazando hasta adquirir una condición semejante

a la del papel *bibliae* involuntariamente me aprendí de memoria muchos de sus capítulos, textos autónomos, que tienen la eficacia de un cuento corto y el resplandor de un poema —porque Cortázar es un escritor de textos breves y sin duda uno de los mejores cuentistas de nuestra lengua. Si desaparecieran del planeta y del ciberespacio todas las ediciones de *Rayuela* creo que entre mis amigos y yo —Eduardo Casar el que más— podríamos reconstruirla. Fue un libro que se nos quedó tatuado en el alma y que ciertamente nos transformó la vida. A partir de su lectura em-



pezamos a caminar de otro modo, a ver el mundo con otros ojos, aprendimos a reír y conocimos la pujante fuerza del humor, porque, como dice Cortázar en alguna página de *Rayuela*, “el sentido del humor ha cavado más túneles sobre la tierra que todas las lágrimas que se han derramado sobre ella”. Pero sobre todo, comenzamos a leer de otra manera, porque Cortázar no sólo tuvo influencia decisiva sobre nosotros sino que transformó retroactivamente a los escritores precedentes. Después de *Rayuela* no podemos leer igual que antes a Edgar Allan Poe y José Lezama Lima, a Macedonio Fernández y Julio Verne, a Guillaume Apollinaire y Felisberto Hernández.

5) *Cien años de soledad* de Gabriel García Márquez. Alrededor de la obra de García Márquez se han construido innumerables tópicos. Sólo quiero referirme a uno, el de la articulación de la verdadera épica de América Latina. En nuestra historia literaria, la poesía épica, salvo algunas excepciones como *La Araucana*, había fracasado frente a la lírica, mucho más afín al temperamento criollo; su lugar lo habían ocupado las grandes crónicas de la conquista, que trasladaron las fantasías de las novelas de caballerías a la realidad del Nuevo Mundo. La novela, que de algún modo viene a ser la épica moderna, no se dio en el orbe colonial hispánico porque las autoridades encargadas de vigilar la ortodoxia ideológica de los criollos y de reeducar a los indígenas en los valores de la cultura europea, la consideraron poco edificante, lo que confirma, como dice Vargas Llosa, el carácter subversivo de un género que pone al descubierto los problemas de la sociedad. Nuestra novelística

es por ello muy reciente. Surge una vez que se han iniciado las revoluciones de independencia, y durante todo el siglo XIX y la primera mitad del XX nuestras novelas se empeñaron en reproducir de la manera más fidedigna posible la realidad telúrica, social y política de nuestros países. No es sino hasta la segunda mitad del siglo pasado cuando América Latina puede articular una verdadera épica moderna, donde tiene cabida no sólo lo que los hombres hacen, dicen y piensan, sino también lo que recuerdan, lo que sueñan, lo que inventan. Dos antecedentes importantes de *Cien años de soledad* son sin duda *Pedro Páramo* de Juan Rulfo y *El reino de este mundo* de Alejo Carpentier, pero la novela de García Márquez es la suma de esa épica hasta entonces inexistente. Su gran contribución es doble: por un lado salda todas las cuentas literarias pendientes pues en su lectura reconocemos una historia secular que no había sido contada, y por otro, libera a los escritores subsecuentes de tamaña responsabilidad y los induce a escribir de otros temas y de otros modos. No es poca cosa, ¿verdad?

En el inventario de mis tribulaciones de lector apasionado, éste ha sido, pues, el recuento de algunos de los libros que me dejaron con los ojos abiertos noches enteras, que se quedaron palpitando en mi corazón mucho tiempo después de haber terminado su lectura, que me incendiaron el alma y el temperamento, que atropellaron mis prejuicios, que desencadenaron mis ensoñaciones más delirantes, que enfebrecieron mi escritura, que me acompañaron, que me hicieron pedazos y que me construyeron. ①